

¿QUÉ HACE UN LIBERAL
COMO TÚ EN
UNA SOCIALDEMOCRACIA
COMO ESTA?



CONTRA LA SOCIAL- DEMO- CRACIA

UNA DEFENSA DE LA LIBERTAD

ALMUDENA NEGRO
y JORGE VILCHES

El régimen del 78 establece el consenso socialdemócrata, sobre el cual se asienta la hegemonía cultural de la izquierda y, con el tiempo, la pérdida de identidad de la derecha. Este consenso es la causa del ascenso de los populismos, el infantilismo político y social, el desprecio al individualismo, el miedo a la libertad, el incremento de la desigualdad, y la idolatría del Estado. La nueva derecha liberal, que se rindió a la socialdemocracia, debe reconstruirse con principios políticos y económicos sólidos y propios. Solo recuperando sin complejos las ideas y el espíritu del liberalismo podrá evitarse el camino hacia la servidumbre.

En el presente libro se describen los efectos nocivos de la socialdemocracia, y se abordan los principios, discurso y organización que necesita la derecha para afrontar los nuevos retos.

Introducción

No suele ser habitual que una periodista y un profesor de universidad, con una larga trayectoria profesional y presencia en los medios de comunicación, se unan para escribir un libro políticamente incorrecto, a contracorriente, en defensa de la libertad, la democracia y el capitalismo como único sistema moral completo. Esto se debe a que los mundos periodístico y universitario están tomados por la hegemonía cultural de las izquierdas, donde se cree que la profesión tiene una función social: imponer su visión del mundo, y una única forma de ser y actuar.

Almudena Negro es licenciada en derecho por la Universidad CEU San Pablo, y periodista especializada en comunicación política online. Ha colaborado con diversos medios de comunicación, como *Diario Siglo XXI*, *Libertad Digital*, *Vozpópuli*, *13TV*, *El Venezolano TV*, *Intereconomía TV*, *Radio Libertad* e *Hispan TV*. Ahora presenta y dirige la tertulia de actualidad «Ya es domingo», en *Radio Inter*. Es la responsable del equipo de redes sociales del diario *La Razón*. Individualista, capitalista y políticamente incorrecta, se declara admiradora de Ayn Rand y Jean-François Revel.

Jorge Vilches es doctor en ciencias políticas por la Complutense de Madrid, donde es profesor. Ha publicado varios libros de historia política, y un estudio acerca del primer liberalismo español, *Liberales de 1808*. La inquietud por la vida política, el rebelarse contra la hegemonía cultural de la izquierda y la ingenuidad propia del liberal que

cree en el mérito, el trabajo y la capacidad como medio de progresar, y no en el amparo de la tribu, le llevó a escribir columnas de opinión en *Libertad Digital*, *Vozpópuli* y *El Español*, así como artículos de historia en *La Razón* y *La Ilustración Liberal*. Desde 2015 asiste a la tertulia política del magazine «Ya es domingo», de Almudena Negro.

El resultado de la colaboración de Negro y Vilches es un libro que responde a la necesidad de explicar la crisis del régimen del 78 vinculada al consenso socialdemócrata, fenómeno que se está reproduciendo en Occidente. En el primer capítulo explicamos en qué consiste dicho consenso en España y su vínculo con un movimiento político e ideológico de ámbito europeo. Nuestro país no es diferente por inferior, sino distinto, como el resto, pero tiene una serie de características, como la hegemonía cultural de la izquierda, o la oligarquización de la política, que son comunes a los países del continente europeo. Ese consenso nos llevó a la crisis del régimen del 78, que no quiebra, y así lo contamos en el segundo capítulo. Nos parecía muy importante compararlo, que no equiparlo, con la crisis de la Restauración, al final del reinado de Alfonso XIII, por las similitudes y enseñanzas que se podían sacar al respecto. La historia no se repite, pero su conocimiento es básico. Como no podía ser de otra manera, dedicamos en ese capítulo un epígrafe al error autonómico del 78, ya que el nacionalismo catalán ha sido el gran desestabilizador, desleal con los partidos tradicionales, generador de un modelo territorial fracasado, enemigo de la libertad y origen del populismo nacionalista en España. En esa crisis de régimen, las izquierdas han tenido un papel protagonista, y a ello dedicamos el capítulo tercero. El PSOE no ha sido desde su creación en 1879 como la socialdemocracia europea, salvo los dos últimos gobiernos de González. El zapaterismo no fue ajeno a la tradición histórica del PSOE; todo lo contrario: sacó la esencia del socialismo cañí como enganche emocional para un partido que necesitaba recobrar el poder. Y lo hizo a través de

claves que rompieron la convivencia entre los partidos que eran pilares del régimen: el PP y el PSOE. Sin embargo, esa derecha, tal y como contamos en el cuarto capítulo, se rindió al consenso socialdemócrata, y apenas tuvo una cara liberal durante la etapa de José María Aznar, dejando el Poder, sí, con mayúscula, en manos de las izquierdas políticas, mediáticas, educativas y culturales. El ejemplo de las otras derechas europeas, en concreto de la democracia cristiana y el conservadurismo británico y francés, nos pareció de gran interés. Lejos de la idealización propia de un país como el nuestro, donde se tiene a Europa como el gran modelo —defecto que arrastramos desde el regeneracionismo del 98—, contamos cómo los democristianos se han convertido en el ala derecha de la socialdemocracia, que el conservadurismo británico sólo fue algo liberal con Thatcher y luego se perdió, y que el gaullismo, ahora de la mano de Sarkozy, tiene su propia identidad. Pero no queríamos terminar con algo negativo, y concebimos un séptimo capítulo dando algunas pinceladas de cómo creemos que puede articularse una derecha liberal valiente, con principios políticos, capaz de imbricarse en la sociedad, y aprendiendo a comunicar —algo que han despreciado— para ganarse a la gente.

La tarea ha sido tan ardua como gratificante, ya que sostenemos una teoría contracorriente que precisa una demostración lo más minuciosa y contundente posible. Por eso hemos creído necesaria una introducción general que hiciera más fácil la comprensión para aquellos que ven en el consenso socialdemócrata el gran problema de nuestra época, y para los que siguen el *mainstream* confortable bajo el ojo vigilante del Estado. Sí, Orwell está entre nosotros más que nunca.

El origen del modelo único

El asociacionismo obrero ya existía antes de 1848, fecha de la emblemática oleada revolucionaria que fusionó republicanismo y obrerismo, con el grupo de Louis Blanc.^[1] La reacción de los trabajadores al maquinismo, a la introducción de la tecnología en el proceso productivo, llevó a muchos a organizarse desde finales del siglo XVIII. Eran asociaciones que reaccionaban contra el progreso, que añoraban la protección que les ofrecía el gremio y la aldea, y que perdían en el mercado y la ciudad. Comenzaron destruyendo las máquinas porque pensaban que les quitaban el trabajo, en un espíritu que ha perdurado, ya que las izquierdas han sido siempre reacias al progreso tecnológico. Luego, esos obreros constituyeron sociedades de socorro mutuo, basadas en cuotas de los afiliados para atender a sus enfermedades, bajas o decesos. Al tiempo, otras asociaciones pergeñaron una cultura, si es que así puede llamarse, fundada en el paternalismo social propio del romanticismo del siglo XIX, y en la crítica a los valores burgueses. Había que crear, decían, una cultura obrera, donde el trabajo y la solidaridad fueran los dos valores primordiales. Ese deseo de superar las consecuencias negativas de la revolución industrial, la conocida como «cuestión social», se hizo a través de dos vías fundamentalmente: la prédica de la subversión del orden burgués, o la reivindicación de mejoras; y la revolución o la reforma. No era algo nuevo en la Europa liberal de ese siglo; ya había tenido que combatir la reacción de los movimientos católicos que veían en el liberalismo un pecado, y la resistencia de países autocráticos, como Rusia, Austria y Prusia.

Las izquierdas eran a mediados del siglo XIX muy numerosas. El impacto del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels —publicado en 1848 por encargo de la alemana Liga de los Justos, luego Liga Comunista— fue mínimo hasta veinte años después. Marx situaba el nacimiento de la «socialdemocracia» en el grupo de Blanc, como una «coalición

de pequeños burgueses y obreros» que pretendían ilusamente armonizar capital y trabajo. Al tiempo, en Gran Bretaña se desarrollaba un poderoso movimiento obrero en torno a las Trade Unions, formadas por trabajadores cualificados que pagaban una cuota, que en su Congreso Nacional de 1868 contaban ya con un millón de afiliados. Mientras, en Francia, los socialismos derivaban hacia el federalismo de comunidades de productores sostenido por Proudhon, y hacia la utopía, como Saint-Simon, Cabet o Fourier. Esos mismos franceses que se levantaron contra la Segunda República francesa en junio de 1848 para imponer su socialismo, el «derecho al trabajo», y derribar el modelo capitalista creado desde 1815. No obstante, todos esos teóricos del socialismo, como contrapunto al capitalismo, eran burgueses. En realidad, era una respuesta política a las estrecheces del régimen liberal, como había ocurrido con el cartismo en Inglaterra, en la década de 1830, donde personajes de la burguesía combinaron demandas políticas de democratización, de fin de la corrupción, con las de mejora de las condiciones de vida de los trabajadores. El régimen británico rechazó formalmente el cartismo, pero las instituciones se reformaron y el sufragio, la ciudadanía, se fue ampliando. Mientras, la violencia deslegitimaba el socialismo como aliado de la democracia, con el 48 francés y el episodio de la Comuna de París, en 1871. Por eso, entre otras cosas, como las luchas internas entre marxistas y bakuninistas, fracasó la Primera Internacional, hasta el punto de que las Trade Unions se aliaron al Partido Liberal británico (la alianza Lib-Lab), que funcionó hasta finales del siglo XIX, al igual que en Suecia, cuna del Estado del Bienestar.

Ese maridaje no fue sólo algo de los socialistas. Dos liberales contribuyeron a poner los pilares del consenso socialdemócrata. Nos referimos a John Stuart Mill, padre del liberalismo social, y sus herederos Green y Hobhouse, referente de la «izquierda liberal» y de la derecha socialdemócrata o tecnócrata (la del «liberalismo simpático»); y al fran-

cés Michel Chevalier, librecambista pero defensor de la intervención final del Estado. No es de extrañar que Eduard Bernstein, estandarte del revisionismo marxista en Alemania, y otro de los fundadores de la socialdemocracia, dijera en 1922 que el socialismo era la evolución racional de la Ilustración y el liberalismo.

En estas circunstancias era lógica la aparición de otra opción que permitiera no olvidar el karma del socialismo del futuro, esa utopía basada en la reconstrucción de la comunidad sobre valores como la igualdad, la justicia social y la solidaridad, sin partidos ni conflictos. Esa armonía socialista sólo podía llegar por la dictadura del proletariado. Sin embargo, en medio de unos regímenes liberales que iban ampliando el sufragio, legislando en lo laboral y lo social, era preciso atraer a los obreros. Es decir, junto con el «programa máximo» —como lo denominaron los alemanes en Erfurt—, que ponía las miradas en el horizonte de la dictadura del proletariado, era preciso presentar un «programa mínimo» de reformas de la jornada laboral, las condiciones de seguridad o los salarios. Sólo así podían presentarse a las elecciones y ganarse el voto de aquellos a los que les parecía muy lejano el «paraíso socialista». Nació de esta forma la socialdemocracia.

Todo empezó en Alemania

Todo empezó en Alemania, que fue la «vanguardia» y el «cerebro» del socialismo europeo, según escribió Rosa Luxemburgo.^[2] La socialdemocracia alemana gusta decir que se basa en la obra de Ferdinand Lassalle (1825-1864), como luchador por la democracia en la Alemania de 1848, pero sin olvidar a Marx. Lassalle fusionó la cuestión obrera con la democracia, como hacía el francés Blanc, aunque de un modo más práctico. Los socialistas se empeñaban en crear

un régimen basado en el sufragio universal masculino que constitucionalizara «derechos sociales». Mientras tanto, al gobierno representativo lo definían como «régimen burgués» en el que era preciso participar, tanto en las elecciones como a través de las asociaciones de obreros, para denunciarlo, copar las instituciones y tomar el poder. Lassalle ya hablaba en 1862, años antes de que Marx empezara la publicación de *El capital*, de que la misión histórica de la clase obrera era la eliminación de todos los privilegios, y defender el igualitarismo, la sociedad homogénea y la lucha contra las desigualdades, para la «realización del Estado moral».^[3] Comenzaba la lucha por la hegemonía cultural, en el que las izquierdas han tratado, y conseguido en gran parte, imponer que su interpretación y mentalidad contienen una superioridad moral que las libra de toda crítica. Tanto es así que el comunismo sigue siendo moneda común en Europa a pesar de los millones de muertos que causó, la pobreza que conlleva y el desprecio manifiesto hacia los derechos humanos, algo que sería impensable en su ideología afín: el nacionalsocialismo.

Lassalle, al igual que otros socialistas de su tiempo, indicaba que era preciso participar en ese régimen burgués para sentar las bases del futuro socialismo. Porque el marxismo y su materialismo histórico predecían que el capitalismo caería, sólo había que explotar sus contradicciones internas y sitiarlo desde fuera con un partido obrero organizado, propagandista y preparado para la transición al paraíso. El nacimiento del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD), en 1875, uniendo al pequeño partido socialista de Liebknecht y Bebel con la Unión General de Trabajadores de Alemania que había fundado Lassalle, respondió a esa inquietud. Es decir, no podía pedirse el sacrificio para un futuro indefinido sin ofrecer algo para el presente.

En el Programa de Gotha, criticado por Marx, surgió una concepción distinta de la legitimidad del Estado y del papel del socialismo. El SPD unió las reivindicaciones socia-

les a las socialistas; es decir, una educación obligatoria o la restricción del trabajo de mujeres y niños. La competencia fue dura, porque el conservadurismo que representaba Bismarck, o el catolicismo social desde el papa León XIII, fomentaron los seguros sociales. Pero la fórmula era la misma: más Estado. Socialistas y conservadores veían en el estatismo —esto es, en la reducción de la libertad individual— la solución a los problemas, y en la concepción del nuevo Estado alemán, el Segundo Reich. La socialdemocracia se impuso en el socialismo de aquel país por la declaración de Engels en 1895 en la que defendía la utilización del sufragio universal para la victoria del socialismo, y la reformulación marxista de Karl Kautsky. Todos veían en la democracia un tránsito hacia el socialismo, porque en una sociedad en lucha de clases acabaría imponiéndose el proletariado por la fuerza del número, del propio sufragio universal.

El bienestar del Estado

Los socialdemócratas eran marxistas y entendían que la democracia no era el respeto a las libertades individuales, la separación de poderes o la representación libre y plural. No. Pensaban que la democracia era sinónimo de Estado social, de combate contra las desigualdades sociales eliminando la vida económica, cultural y política burguesas.

Las dos guerras mundiales del siglo XX supusieron una larga marcha del desierto para los socialistas. La Segunda Internacional quebró por la preferencia nacionalista de sus otrora internacionalistas. Lenin y Rosa Luxemburgo iniciaron entonces una campaña para denunciar a los «renegados» del paraíso comunista y a usar la guerra para hacer la revolución. Así, los socialdemócratas alemanes tuvieron que eliminar a sus bolcheviques, entre 1919 y 1923, para que su recién proclamada República no se convirtiera en un satéli-

te soviético. De hecho, Lenin fue el líder del Partido Socialdemócrata de Rusia hasta la creación del Partido Comunista en marzo de 1918. A partir de ese momento, los socialdemócratas se convirtieron en el gran enemigo de los comunistas. De ahí que les llamaran «socialfascistas», o los insultos reiterados de Lenin, que los tildaba de «renegados» o «infantiles». Ya no habría reconciliación posible entre socialdemócratas y comunistas.

En Gran Bretaña, el laborismo se independizó del Partido Liberal, creando el suyo propio, y ligado a las Trade Unions. El Partido Laborista fue una opción siempre reformista, que despreciaba la subversión del orden social y el bolchevismo, hasta el punto de que obligaron en 1923 a dimitir a MacDonald, laborista, como primer ministro cuando negoció un acuerdo comercial con la Rusia de Lenin. Los bolcheviques no consiguieron hacerse con las bases del laborismo en su estrategia de frente único, tal y como pretendían desde Moscú. Las dos guerras mundiales del siglo XX cambiaron el primer antiestatismo del laborismo, ya que el Estado fue el gran administrador de la economía nacional, convirtiéndose a partir de 1945 en la opción socialdemócrata británica.

La socialdemocracia sueca se estableció también a principios del siglo XX. Se ha caracterizado siempre por la unidad y la moderación; no en vano, el asociacionismo obrero sueco fue impulsado por liberales un siglo antes. El modelo era como el británico: un partido, el Socialdemócrata, vinculado a un sindicato, la Confederación General de Trabajadores, fundada en 1899. Esto permitió que, en 1921, Branting, el líder del partido, formara su primer gobierno. Así, cuando llegó la crisis de 1929 y la conflictividad laboral, los socialdemócratas aplicaron lo que luego se llamó «política keynesiana»: incremento del gasto público, creación de empleo público, subvenciones agrícolas y fiscalidad progresiva. El sector público se impuso en los servicios «estratégicos», como ferrocarriles, energía eléctrica y radiodi-

fusión, pero no productivos. Comenzaron las políticas sociales: seguro de desempleo, pensiones y vacaciones pagadas. En las elecciones de 1936, los socialistas obtuvieron el 46 por ciento de los votos, y en 1940 se iniciaron las nacionalizaciones: el país era suyo. El ambiente nacional sueco y la neutralidad en la guerra pusieron al Estado como gran protagonista. Había comenzado la instalación del Estado del Bienestar, el paraíso socialdemócrata.

El estatismo salió robustecido en 1945, como indicó entonces Hayek, y se estableció el consenso socialdemócrata: los socialistas occidentales aceptaron la democracia a cambio de una economía mixta, en la que coexistieran la propiedad privada (con función social), y el control público de la actividad económica a través de la planificación, contando con los «agentes sociales»; en especial, las asociaciones obreras. El Estado, que había asumido la dirección de todos los aspectos vitales en la primera mitad del siglo XX con motivo de las dos guerras, también se convirtió en el protagonista de la reconstrucción. Fue el «pacto socialdemocrático de posguerra» del que habló Ralf Dahrendorf.

Cada país adaptó sus características políticas y sociales, como explicó Esping-Andersen, para crear un modelo propio. Sin embargo, todos tenían un tronco común. Se sostenían en la creencia de que la economía de mercado provoca la acumulación de riqueza en cada vez menos manos, lo que es incompatible, dicen, con la justicia social e impide la paz social. El Estado, afirmaban, debía intervenir para asegurar la competencia, evitar los monopolios y garantizar una distribución equitativa de la renta. La socialdemocracia, así, rechazaba tanto el capitalismo de Estado como el mercado libre. «Tanto mercado como sea posible, pero tanta planificación como sea necesaria», se podía leer en el programa del SPD en Bad Godesberg (1959). Además, esos Estados del Bienestar necesitaban de sindicatos fuertes vinculados con el correspondiente partido socialdemócrata. La conexión entre el mundo sindical, el partido obrero y el Es-

tado social para formular políticas públicas era tan clara como peligrosa. En todos los modelos de Estado del Bienestar se aspiraba a cambiar la sociedad, haciéndola más igualitaria y solidaria, poniendo a disposición de amplios sectores populares aquellos servicios que mejoraran su calidad de vida. Se trataba de delegar el progreso, el protagonismo y la responsabilidad en el Estado para conseguir el confort individual.

Así se constituyó el Estado del Bienestar, fórmula socialdemócrata que hoy todos defienden, en el que se ejecutan políticas sociales tendentes a redistribuir la riqueza para «mitigar» los efectos del mercado, «corregir las desigualdades» y promover la «justicia social». Las políticas públicas se retroalimentan creando la necesidad y la bondad de la intervención cada vez mayor del Estado en todos los ámbitos de la vida privada y pública, y la enseñanza aseguraba la transmisión de los valores de esa sociedad socialdemócrata. El individuo se quitaba la responsabilidad de su progreso, entendía que su avance dependía del bien común y que, sin beneficiar al resto o repartir el resultado de su esfuerzo con el sujeto colectivo, no podía ni debía actuar. De esta manera, ser millonario comporta crítica social, pero también envidia. Ya no es el «egoísmo ilustrado» del que hablaban los economistas de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, sino el confort que el Estado pueda proporcionar redistribuyendo la riqueza. Sin ese mecanismo, ese «despojo» del que hablaba Bastiat, no se entiende hoy la democracia.

Pero todos fueron, y son, ingenieros de una nueva sociedad comprometida con los «derechos sociales», donde el progreso individual está subsumido en el colectivo. La democracia cristiana, aquella que Konrad Adenauer resucitó en la segunda mitad del siglo XX, se acabó convirtiendo en el ala derecha de la socialdemocracia una vez que los valores cristianos que envolvían su estatismo se fueron per-

diendo. La democracia cristiana se batió ideológica y culturalmente en retirada. Y ese espacio lo ganó el progresismo, que no deja de ser un difuso izquierdismo. El cristianismo fue dejando su espacio en la mentalidad y cultura europeas primero en aras de una liberación personal, o moral, de la mano de la nueva izquierda, la de las décadas de 1960 y 1970, y luego el multiculturalismo. Lo cristiano fue desplazado por religiones o creencias alternativas, paganas o místicas.

La nueva izquierda añadió al programa socialdemócrata el tercermundismo —el sentimiento de culpa en Occidente, convertido luego en antiglobalización—, el misticismo como religión alternativa, el pacifismo, el antiamericanismo, el feminismo revanchista y discriminatorio, y el ecologismo. Para ganar unas elecciones, como señaló Przeworski, había que ser «pluriclasista atrapalotodo»; es decir, formar parte de aquel consenso socialdemócrata. La sociedad se acostumbró a un Estado omnipresente, generador de derechos sociales, los llamados de segunda generación —salud, educación, trabajo, vivienda, seguridad social, medio ambiente...—, en el que el ciudadano era irresponsable y perdió libertad, pero se sentía comfortable. La legitimidad de la democracia estaba, por tanto, en que el Estado proveyera de todos esos servicios. Era la democracia social por encima de la política, como señalaba el marxista Adler en 1926, porque en eso consistía el espíritu de la socialdemocracia, de la nueva sociedad con el hombre nuevo.

«La meta —escribía T. H. Marshall— es compensar las divisiones de clase creando unas condiciones mínimas de igualdad entre todos los ciudadanos. Ha llegado la hora de los derechos sociales.» El medio era, y es, la conquista del poder del Estado a través de la democracia política. Las políticas públicas se encaminan a reglamentar y planificar las esferas públicas y privadas, dando justificación y contenido al Estado. Es el Estado del Bienestar: sólo hay bienestar si el Estado lleva a cabo políticas públicas socialdemó-

cratas. Los sectores nacionalizados fijos son la educación y la sanidad, que transmiten los valores que justifican las políticas públicas —solidaridad, interés colectivo, responsabilidad del Estado y no del individuo—. Los resultados son el hombre nuevo y la nueva sociedad. Es la ingeniería social en todo su esplendor. Por eso, Kautsky escribía que «la socialdemocracia es un partido revolucionario, no un partido que hace la revolución».

La socialdemocracia no ataca directamente el sistema, sino que se introduce en él a través de la democracia política y cambia al hombre y la sociedad a través de la legislación y la hegemonía cultural; es revolucionario porque transforma el orden social. Ésa es la dirección del progreso: ir a una sociedad igualitaria y solidaria, sin las consecuencias negativas del mercado, sin riesgos ni responsabilidad individual, con un Estado protector y omnipresente. Por eso se hacen llamar «progresistas». Gramsci tenía razón, pero coincidía con otros marxistas, como el austriaco Adler, que en *Democracia política y democracia social* (1926) sentenció: «La creación del hombre nuevo depende de la creación de una nueva mentalidad a través de la propaganda y la educación de los jóvenes».

La hegemonía cultural era la clave para la victoria, no las barricadas o la mera lucha política. Conquistada la mentalidad del europeo, el consenso socialdemócrata se convirtió en una religión, en un modo de entender la historia, el presente y el futuro, en una guía personal y moral del individuo. En realidad, estos socialdemócratas, como los socialistas de mediados del siglo XIX, tomaron del cristianismo la vocación evangelizadora: transmitir la «buena nueva» a la gente, que los demás vean «la luz». La clave era predicar. De esta manera, era obligado predicar a través del ejemplo personal y colectivo —honradez del cargo público y del partido—, la propaganda —los medios de comunicación— y la educación —el combate por la transmisión de valores—. Era la gran superioridad moral, los «cien años de honra-